

45

Cuando con fe inextinguible
pretendas dichoso ser,
lo primero que has de hacer,
es discutir *si es posible*.

46

Piensa con ojos serenos
cómo y cuándo morirás;
que siendo el morir lo más,
el cómo y cuándo es lo menos.

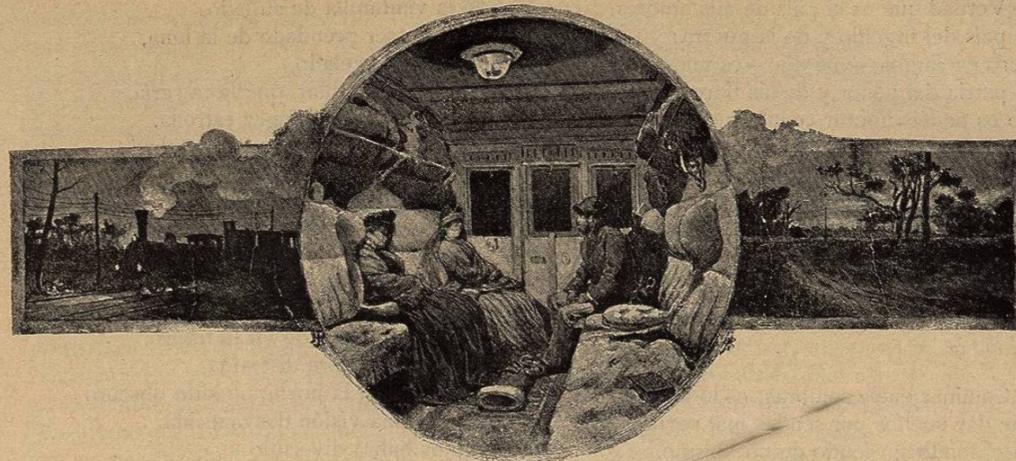
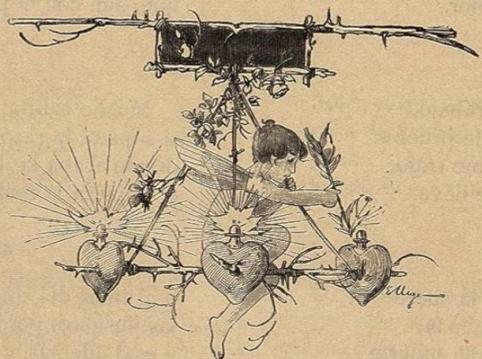
47

Mi madre, que me amaba
con desvarío,

siempre al verme exclamaba:
— ¡Consuelo mío! —
¡Y hoy, santo cielo,
quién consolar pudiera
á aquel Consuelo!

48

Te enseñó, pues quisiste,
toda su ciencia,
¿y hoy le preguntas ¡triste!
por tu inocencia?
¿Cómo ¡imprudente!
querías, siendo sabia,
ser inocente?



LOS PEQUEÑOS POEMAS

PRIMERA PARTE

EL TREN EXPRESO

POEMA EN TRES CANTOS

Al ingeniero de caminos, célebre escritor DON JOSE DE ECHEGARAY

su admirador y amigo.—EL AUTOR.

CANTO PRIMERO—LA NOCHE

I

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvía de París en tren expreso:
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche
muellemente acostado,
al arrancar el tren, subió á mi coche,
seguida de una anciana,
una joven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II

Luego, á una voz de mando
por algún héroe de las artes dada,
empezó el tren á trepidar, andando
con un trajín de fiera encadenada.

Al dejar la estación, lanzó un gemido
la máquina, que libre se veía,
y corriendo al principio solapada,
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos rugiendo, parecía
un león con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
aquel tren que corría como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la joven con dulzura:
— ¿Sois español? — Y á su armonioso acento,
tan armonioso y puro, que aun ahora
el recordarlo sólo me embelesa,
— Soy español — le dije; — ¿y vos, señora?
— Yo — dijo — soy francesa.
— Podéis — le repliqué — con arrogancia
la hermosura alabar de vuestro suelo,
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el cielo.

— Verdad que es el país de mis amores,
el país del ingenio y de la guerra;
pero en cambio — me dijo — es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores:
no os podéis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores. —
Y después de halagarnos obsequiosos
del patrio amor el puro sentimiento,
entramos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV

Caminar entre sombras, es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras
en el fondo sin fondo de un abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
veía allá á lo lejos desde el coche
agitarse sin fin cosas oscuras,
y en torno, cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
que agregan el terror y el desvarío
á todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juegos de llama y humo indescritibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Árboles que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusión y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
y entre el humo del tren y las tinieblas
aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

V

¡Cosa rara! Entretanto,
al lado de mujer tan seductora
no podía dormir, siendo yo un santo
que duerme, cuando no ama. á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
mas fué inútil empeño:
admiraba á la joven, y es sabido
que á mí la admiración me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
sin echar sobre mí mirada alguna,

abrió la ventanilla de su lado,
y como un ser prendado de la luna,
miró al cielo azulado,
preguntó, por hablar, qué hora sería,
y al ver correr cada fugaz estrella,
— ¡Ved un alma que pasa! — me decía.

VI

— ¿Vais muy lejos? — con voz ya conmovida
le pregunté á mi joven compañera.
— ¡Muy lejos — contestó; — voy decidida
á morir á un lugar de la frontera! —
Y se quedó, pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraída,
cual se mira en la noche un sitio obscuro
donde fué una visión desvanecida.
— ¿No os habrá divertido —
le repliqué galante —
la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?
— ¿Lo traéis vos? — me dijo con tristeza.
— Todo en París lo hace olvidar, señora, —
le contesté — la moda y la riqueza.
Yo me vine á París desesperado,
por no ver en Madrid á cierta ingrata.
— Pues yo vine — exclamó — y hallé casado
á un hombre ingrato á quien amé soltero.
— Tengo un rencor — le dije — que me mata.
— Yo una pena — me dijo — que me muero. —
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato
pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba:
así el lector no extrañará que, tierno,
cuidase de su bien más que del mío,
pues hacía un gran frío, tan gran frío,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
con el cuerpo aterido,
— ¡Tengo frío! — me dijo dulcemente
con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué á contemplar su hermosa frente,
y os juro por el cielo
que, á aquel reflejo de la luz escaso,
la joven parecía hecha de raso,
de nácar, de jazmín y terciopelo;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos pies tan lindos,

desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crían,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
le tapé aquellos pies, que bien podrían
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡De la sombra y el fuego al claro-oscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de la sombra las danzas misteriosas!...
¡La joven, que acostada traslucía
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecía
un ángel de Rafael ó de Murillo!
¡Sus manos por las venas serpenteadas,
que la fiebre abultaba y encendía,
hermosas manos, que á tener cruzadas
por la oración habitual tendía!...
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
la celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
del techo que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina;
y esa continua sucesión de cosas
que así en el corazón como en la mente
acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salía
del techo de aquel coche, que tenía
la forma de la tapa de una tumba!...
¡La visión triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacían traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX

De pronto, atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despuntar la aurora,
una estación, que en fería convertía
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente,

y al llegar, un gemido
lanzando prolongado y lastimero,
el tren en la estación entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO — EL DIA

I

Y continuando la infeliz historia,
que aun vaga, como un sueño, en mi memoria,
veo al fin á la luz de la alborada
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada
por agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
y una expresión del todo religiosa,
como llevando á cabo algún misterio,
después de un — ¡ay, Dios mío! —
me dijo señalando á un cementerio:
— ¡Los que duermen allí no tienen frío! —

II

El humo en ondulante movimiento
dividiéndose á un lado y otro lado,
se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
verdura y aridez, calor y frío;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte á otro horizonte
y una estación á otra estación sucede.

III

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
á pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y á la ventura,
muy de prisa el amor á los treinta años.
Y — ¿dónde vais ahora? —
pregunté á la viajera.
— Marcho olvidada por mi amor primero —
me respondió sincera —
á esperar el olvido un año entero.
— Pero, ¿y después — le pregunté — señora?
— Después — me contestó — ¡lo que Dios quiera!